

MÉXICO, PAÍS CENTROAMERICANO, Y OTROS PINTORESQUISMOS

Elsa Cecilia FROST
El Colegio de México

CUANDO HEGEL AFIRMA “América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías”,¹ de hecho no hace más que reconocer abiertamente lo que la gran mayoría de los intelectuales europeos venía practicando sin plantearse ningún problema. Después de todo, Hegel debió de sentir algún resquemor pues necesita unas diez páginas para justificar su posición. En otras filosofías de la historia no sólo no se menciona el Nuevo Mundo, sino que ni siquiera se piensa que la omisión tenga que ser explicada. Pero lo que es aún más grave es que los historiadores compartan esta visión. Son muchísimas las llamadas “historias universales” que siguen la misma división que Hegel utiliza tanto en su *Filosofía de la historia universal*, como en su *Historia de la filosofía*.² La historia del mundo comprende seis etapas: el antiguo Oriente, la antigüedad clásica, la migración de los pueblos (*die Völkerwanderung*, conocida en castellano como “la invasión de los bárbaros”: todo es cuestión del punto de vista), la edad media, la edad moderna y la época contemporánea. Otros pueblos —los árabes o los turcos otomanos, por ejemplo— aparecen en la llamada historia universal sólo a partir del momento en que pisan suelo europeo y constituyen una amenaza para la cristiandad. América, África continental y Oceanía, a su vez, se toman en cuenta al convertirse en un segundo escenario en el que el hombre europeo lleva a cabo sus hazañas. Con todo, los pueblos asiáticos salen mejor librados

¹ HEGEL, 1953, I, p. 183. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

² HEGEL, 1955, I, p. 111. Se inicia aquí el estudio de la filosofía oriental, pero sólo para justificar su exclusión, pues “no forma parte del cuerpo ni cae dentro de los dominios de nuestra exposición”.

que los otros, puesto que —quizá por haber formado parte de la conciencia europea desde antiguo— se reconoce en ellos la cuna de la civilización y una trayectoria histórica distinta, pero casi igualmente válida. Resulta además un tanto difícil ignorar a quienes llegaron hasta Roncesvalles o pusieron cerco a Viena. En cambio, los pueblos del interior de África, de América o de Oceanía jamás pusieron en peligro la seguridad europea y simplemente siguieron durante siglos un camino diferente. Fueron “descubiertos” por los europeos, que, incapaces de romper lo que Spengler ha llamado “el sistema ptolemaico de la historia”,³ se esforzaron en un principio por introducir la cultura de estos pueblos dentro del devenir histórico universal, aunque fuera, como lo hicieron nuestros viejos cronistas, mediante el uso de larguísimas comparaciones entre las costumbres americanas y las de los pueblos de la antigüedad, hasta probar que el Demonio había hecho de las suyas entre unos y otros. ¡Extraño común denominador! Después, al abandonarse el esquema providencialista, los historiadores decidieron olvidarse de culturas a las que, según dicen, les “falta conexión”, sin que se molesten en decir con qué (me parece obvio que es con el curso de la historia europea). De ahí que todos estos pueblos marginales, situados para Hegel en el umbral de la historia universal, sólo se mencionen de pasada, como un mero añadido de Europa, de la que reciben el ser. Se diría, leyendo la “historia universal” escrita por europeos, que se trata de pueblos que carecen efectivamente de pasado. Son el puro presente visto por los descubridores o conquistadores en el momento del primer contacto. Como colonias, su importancia es meramente económica y no merece más que un rápido recuento de sus recursos naturales. Tampoco la independencia cambia las cosas, ya que estos pueblos —entre los que se incluye a los Estados Unidos— apenas son algo más que “un eco del Viejo Mundo y un reflejo de vida ajena”.⁴ Bastará pues una escueta mención o, en el mejor de los casos, unas cuantas páginas para dar cuenta de ellos.

Desde luego, la mayoría de los historiadores no parece tener conciencia de lo que su actitud implica. Actúan así por parecerles enteramente natural. Y aun en las escasas ocasiones en que el libro lleva una introducción en la que el autor afirma el “sentido

³ SPENGLER, 1947. Cf. I, “Introducción”.

⁴ HEGEL, 1953, I, p. 183.

universalista" de su obra o su deseo de romper con el esquema que hace de Europa no sólo el centro del mundo, sino la representación misma de la humanidad, lo cierto es que sigue considerando que *la* historia es la que se ha desarrollado en el teatro europeo o la que protagonistas europeos han vivido en otras tierras. Europa se ha considerado siempre la medida de lo humano; actitud que no tiene por qué asombrarnos ya que todos juzgamos a los otros de acuerdo con nuestras propias normas. Lo asombroso es que los otros hayan aceptado el punto de vista europeo y se hayan conformado con ser "formas marginales de lo humano, sin otro sentido que subrayar más el carácter sustantivo, central, de la evolución europea".⁵

Los resultados de esta actitud tienen a veces mucho de insolente y de ofensivo. En otras ocasiones no pasan de ser ridículos y aun hay casos tan sorprendentes por su "provincialismo" que sólo pueden ponerse como ejemplos de lo que la estupidez humana es capaz de hacer. Veamos algunos de ellos.

HACIA 1910 las niñas del Colegio de la Paz, es decir, las Vizcainas, usaban como libro de texto para el curso de historia universal un manual escrito por G. Ducoudray,⁶ que era, según anuncia la portada, "obra de texto en las escuelas de la República de Costa Rica". La división de la historia que sigue este *Compendio* es la usual. América se menciona por primera vez en la sección dedicada a la "Historia moderna", dentro del capítulo llamado "Viajes y conquistas de los portugueses y los españoles", que el autor trata en seis páginas (301-307). De ellas, una corresponde a la conquista de México. Los Estados Unidos entran en el proceso histórico mucho después (pp. 376-381), aunque para explicar su formación Ducoudray emplea casi el mismo número de páginas que para tratar de los descubrimientos (incluido el de Vasco de Gama) y las conquistas luso-hispanas.

Por lo que se refiere a África, ésta tiene que esperar su turno hasta la sección de "Historia contemporánea", si bien merece nada menos que trece páginas (494-507). Inmediatamente después se trata de América, ya independiente, que dividida en anglosajona (pp. 507-515) y latina (pp. 515-533) le ocupa al autor veintiséis

⁵ ORTEGA Y GASSET, 1953, III, p. 305.

⁶ DUCOUDRAY, 1907.

páginas, dos y media de las cuales dedica a México (la pobre Costa Rica, a pesar de haberlo adoptado como texto, queda des-pachada en ocho líneas de la p. 520).

El libro es típico de la actitud que comento. No hay en él nada ofensivo. No se discrimina a nadie. Simple y sencillamente en América y África no ocurrió nada hasta que su realidad no se reflejó en los ojos de un europeo. Carecen de pasado y su historia se inicia al ser "descubiertas". El uso mismo de este adjetivo revela claramente el etnocentrismo desorbitado de Europa, que no admite que su propio curso histórico sea sólo eso y no el único proceso histórico posible.

Ni aun los Estados Unidos, cuya potencia militar y política va siendo cada vez mayor, tienen importancia para este devenir. Colonias europeas en un principio, son después algo así como una sucursal, un refugio para la población sobrante de Europa o para aquellos que se sienten hastiados de vivir en un "museo histórico".⁷

AÑOS DESPUÉS circuló por México, en forma de fascículos coleccionables, una obra mucho más ambiciosa: la *Historia de las naciones*,⁸ traducida de la "célebre edición inglesa", en la que, entre otros, colaboró W. M. Flinders Petrie. La edición no consigna el año, pero las características tipográficas generales de la obra y sobre todo el hecho de que el cuarto y último tomo termine con un resumen de la primera guerra mundial permiten situarla en los primeros años veinte. Aquí la división de la historia es distinta, ya que se pretende hacer una "popular, concisa, pintoresca y autorizada relación de cada una de las naciones desde los tiempos más remotos hasta nuestros días". Se empieza pues por Egipto y China y se los estudia desde los primeros vestigios conocidos hasta el momento de estallar la primera guerra. Uno a uno va pasándose revista a los pueblos del mundo, lo que hace concebir la esperanza de que, por fin, habrá quien se interese en el pasado de América. ¿Tendré que decir en qué acaba nuestra esperanza? El Nuevo Mundo, haciendo honor a su nombre, surge a la existencia en el último tomo, y, a pesar de que nos han anunciado que se hará relación pormenorizada de cada una de las naciones, nos encontramos con que la división es la siguiente: Estados Uni-

⁷ HEGEL, 1953, 1, p. 182.

⁸ *Historia de las naciones*, s. f.

dos de América (pp. 143-206); América Central (pp. 207-226), y América del Sur (pp. 227-256).

Pero lo más notable —cuando menos para quienes hemos visto un mapa de América— es que México forme parte de Centroamérica, en tanto que Canadá ni siquiera existe.

Como la obra fue publicada después de la primera guerra, la introducción al capítulo dedicado a Estados Unidos los reconoce ya como “una potencia mundial de primera magnitud” e intenta convencernos de que su historia “data del siglo ix, época en que Erico el Rojo y Lief el Afortunado efectuaron en sus costas la primera tentativa de colonización con la raza blanca”. Ante esta afirmación dan ganas de preguntar ¿y los indios, qué? Pero es inútil; sólo el europeo es portador de historia.

Por ello es tanto más sorprendente que el capítulo dedicado a la “América Central” se inicie con los mayas —de cuya ciudad, Chichén Itzá, se dice que fue fundada en 496 a. C.—, para hablar luego de los aztecas, mencionando de paso a toltecas y acolhuas.

El autor, Luis Spence, considera a los aztecas como un “pueblo sin igual en la historia de las razas civilizadas o semicivilizadas, con la única excepción, quizás, de los incas peruanos”. Con lo cual nos encontramos de nuevo en el principio: al no podérseles explicar dentro del marco europeo se les llama excepcionales, pintorescos, particulares, misteriosos o admirables, sin explicar nunca el por qué de estos calificativos; es una manera fácil y elegante de hacerlos a un lado. Tampoco se detiene mucho en los tres siglos de la colonia, en los que sólo ve una serie de rencillas entre las autoridades eclesiásticas y civiles, y apenas si Juárez, Maximiliano y don Porfirio reciben cierta atención. A pesar de todas estas carencias, esta obra significa un cierto adelanto, ya que el autor se detiene con interés en la arqueología prehispánica y hace constar lo mucho que queda por hacer.

OTRA TÓNICA es la que se encuentra en un “Manual de historia para la juventud alemana”⁹ publicado durante el régimen de Hitler. Aquí sí se hace por completo a un lado cualquier escrupulo en el trato con los “otros”. El centro del mundo no es ya Europa, sino el pueblo alemán, y toda la larga historia de la humanidad no ha sido más que una preparación para el advenimiento del Tercer Reich. Pero no todas las etapas tienen el mismo

⁹ KUMSTLER *et al.*, 1935.

valor. Las primitivas pueden olvidarse, puesto que el papel de la historia es provocar en los jóvenes el entusiasmo "por todo lo grande". Y "grandes", en ese sentido, sólo lo han sido griegos y romanos. En consecuencia, la historia que los adolescentes alemanes de 1935 debían aprender estaba dividida en tres grandes períodos: historia de los antiguos griegos, historia de los antiguos romanos, e historia del pueblo alemán y sus vecinos.

Es difícil que el chauvinismo alcance alguna otra vez esta cima. ¿Qué valor histórico pueden tener no ya americanos y africanos, sino aun los "vecinos", dentro de este aberrante esquema? Pero lo extraño es que, a pesar de todo, México sí aparece (p. 142). Aquí la pregunta que habría que hacer no es, como en los casos anteriores, por qué se le dedica tan poca atención, sino qué mecanismos se han puesto en marcha, qué vueltas de una imaginación descabellada han permitido hacer de México un vecino de Alemania. La razón no es otra, a mi parecer, que la vieja admiración alemana por la hazaña de Cortés (recuérdese que las primeras ediciones de sus *Cartas* son alemanas y que inclusive se resumió las noticias para que llegaran a un público más amplio).¹⁰ En efecto, de las dos menciones que se hacen de México y que aparecen en el capítulo "Descubridores y aventureros", la primera se refiere a la conquista, tratada en trece líneas que terminan con una frase entre admiraciones: "¡Y Cortés conquistó este reino con 400 soldados y 14 cañones!" La otra y sorprendente mención aparece en la página siguiente, donde se citan —sin dar la fuente—¹¹ las tristes

¹⁰ La segunda *Carta* de Cortés, traducida al latín por Petrus Savorgnanus, apareció en Nuremberg en 1524. En 1532 fue reimpressa, acompañada por la tercera, en Colonia. En 1550 se publicaron en alemán, en Augsburg. Desde luego, a todas estas ediciones las antecede la de la tercera *Carta* hecha en Sevilla en 1523. El resumen al que me refiero es *Neue Zeitung von dem Lande, das die Spanier funden haben ym 1521 Iare genant Yucatan*, marzo 18 de 1522. Este pequeño escrito se refiere no sólo a Yucatán, sino también a la primera entrada de Cortés a Tenochtitlan y a la prisión de Moctezuma. Aparece en él un grabado que creo ser la primera representación europea de la ciudad de México. Cf. *Nueva noticia*, 1973.

¹¹ Se trata de LAS CASAS (1965, I, p. 45), pero no habla de un indio mexicano, sino de Hatuey, el cacique cubano, quien rechazó la conversión, a punto de ser quemado vivo, por no toparse con cristianos en el cielo.

palabras del indio mexicano que preguntó si los españoles iban al cielo al morir, y, al recibir la respuesta afirmativa, se negó a ir a lugar alguno donde pudiera encontrarlos. Y eso es todo lo que se les ocurre decir acerca de nuestra historia.

De todo esto podemos concluir que, aun sin llegar a estos excesos propios de fanáticos, el esquema europeo no permite ver en los otros pueblos más que formas pintorescas en las que lo propiamente humano no llega a su plena expresión.

POR ELLO, cuando nos llega a las manos una "Historia universal",¹² recién editada en la República Democrática Alemana, que tiene como subtítulo "Hasta la formación del feudalismo", se siente uno tentado a desecharla de antemano como fuente de conocimiento —así sea elemental— sobre América en general y México en particular, ya que por experiencia anterior sabemos que lo usual es que nada se diga de ellos hasta llegar al siglo XVI.

Si se logra vencer esta tentación, las guardas resultan ya una sorpresa. Presentan un gran cuadro de las culturas arqueológicas de la sociedad primitiva que se extiende desde 11000 a 500 a. C. Y ahí, en el lugar adecuado, se consignan los primeros vestigios prehispánicos. La primera columna del cuadro se titula "Mesoamérica" y en ella se asienta hacia 9000 a. C. el nombre de Ajuegado. La columna termina con Monte Albán, Teotihuacan y el reino maya. Pero, tras estos buenos auspicios, el optimismo empieza a disiparse cuando vemos que de las 179 ilustraciones sólo seis se refieren a América (una a Costa Rica, una a Perú y ¡cuatro a México!). Por si esto fuera poco, en las siete páginas de "Bibliografía" (pp. 683-689) sólo hay una obra que se refiera a nuestro continente: Meggers, *The Prehistoric America*. Tras estas pruebas de que más vale usar de cautela y no entusiasmarnos demasiado, vayamos al texto.

Las culturas americanas son tratadas en dos secciones del libro: "El período de la sociedad prehistórica" (cap. III, 5: "El surgimiento y expansión de la producción agraria en el continente americano"), y "La época de formación de una sociedad basada en la esclavitud" (cap. VI, 7: "América"). El primer análisis de las condiciones americanas ocupa cinco páginas (117-121), de las que una corresponde a un mapa y otra a un cuadro. Hans Quitta,

¹² SELLOW, 1977.

autor de este primer capítulo sobre América, considera que los cultivos más antiguos se iniciaron hacia el siglo VIII a. C. en el valle de Tehuacán, aunque, sorprendentemente, los productos cubrían apenas una tercera parte de las necesidades alimenticias de la población. Esto explicaría el lento desarrollo de la cultura material, pues la caza seguía ocupando un lugar importantísimo e impedía los asentamientos humanos permanentes. Por ello el paso de la recolección a la agricultura resultó un proceso que abarcó más de cinco mil años, debido sobre todo a la ausencia de ganado, que es lo que explica el rápido progreso de otras zonas.

Por lo que se refiere al segundo subcapítulo mencionado, sólo le corresponden nueve páginas (470-479; los territorios andinos ocupan de la 470 a la 473 y Mesoamérica de la 474 a la 479). Limitémonos a México y veamos lo que se dice de él. Reconozcamos que en varias páginas anteriores se lo ha mencionado de paso, por ejemplo, al hablar de los primeros asentamientos en Mesoamérica (Tlapacoya, con una antigüedad que se remonta al siglo XXI a. C.) y, después, de las condiciones que permitieron asentamientos humanos más duraderos (valle de Tehuacán), al lado de "estaciones" utilizadas sólo en determinadas épocas del año por un grupo de cazadores o recolectores. Ahora, al entrar en materia, se va a tratar de las condiciones que permitieron el surgimiento de una sociedad de clases.

El autor, Max Zeuske, parece estar al día en cuanto a hallazgos arqueológicos (el libro de Meggers es de 1972), ya que empieza por rectificar, mediante el descubrimiento de la estela 2 de Chiapa de Corzo (36 a. C.), la cronología, remitiendo la aparición de la sociedad de clases al primer siglo antes de nuestra era, en vez del siglo XI d. C. como se venía creyendo.

Después de esto empiezan los problemas, puesto que el desarrollo de las sociedades prehispánicas no se ajusta al patrón que ha podido establecerse a partir del estudio de otras regiones. Aquí no hubo arado, ruedas, carros, ni ganado, y no existieron tampoco herramientas de metal; la creación del estado dependió, por tanto, de una muy fructífera irrigación del suelo, cuya productividad permitió el desarrollo no sólo de una clase dominante, sino aun de una mano de obra especializada. Este desarrollo se caracterizó por la formación de centros culturales en torno a una o varias pirámides, tal como se comprueba en la cultura de La Venta, cuya influencia religiosa o comercial alcanzó pueblos a más de mil

kilómetros de distancia. En ella se presentó ya una clara diferenciación social entre los sacerdotes, poseedores del poder ideológico y político y del saber astronómico, y libres del proceso productivo, y una población libre, encargada del cultivo y obligada a prestar tributo y servicio. Dentro de esta última clase apareció también un estrato de artesanos especializados, subordinados a los templos.

Tras este somero examen de la cultura La Venta, el autor pasa a dar cuenta de las culturas maya y teotihuacana. Se nos dice que la primera de ellas siguió los lincamientos ya señalados con respecto a La Venta. Hacia el año 600 d. C. alcanzó su punto más alto. Existió en ella una aristocracia sacerdotal y secular que se adueñó del excedente de la producción campesina; el texto señala, como rasgo característico de los mayas, la ausencia de un jefe supremo y de un centro dominante. Teotihuacan, en cambio, fue evidentemente un centro de poder, no sólo religioso sino secular, que logró extender su comercio y dominio por todo el altiplano central y los actuales estados de Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Morelos y Guerrero. Ambas culturas acabaron más o menos por la misma fecha (fines del siglo VII y mediados del VIII d. C.): Teotihuacan por la penetración tolteca, y la cultura maya por profundas disensiones internas. Al parecer llegó un momento en que las necesidades suntuarias de los gobernantes-sacerdotes fueron tales que la población no pudo ya satisfacerlas y se rebeló contra ellos.

Y con esto desaparecen los pueblos prehispánicos del escenario de la historia universal.

Pasemos por alto algunas muestras de desinterés o ignorancia del autor respecto al tema que trabaja, como serían el llamar "gigantesca" a la pirámide circular de Cuicuilco (p. 476) o afirmar que "la característica principal de la agricultura teotihuacana eran los 'jardines flotantes'" (p. 477), y preguntémonos por qué no hay siquiera una leve mención de América en la cuarta y última sección del libro. Una simple ojeada al título de esta sección nos dará la respuesta: lo que va a examinarse es "La formación del feudalismo", y como éste es un fenómeno que no se presenta en las sociedades prehispánicas éstas quedan de inmediato fuera. De nuevo, lo que se hace es aplicar a estas culturas categorías tomadas de otra experiencia humana y, al no encajar en ellas, dejarlas al margen: ¿No sería más sensato —y más justo— analizar las causas por las que no hubo feudalismo en América? Cortar

todo contacto con las sociedades prehispánicas en el momento de la decadencia maya y teotihuacana es dejar trunca una obra (en ninguna parte se nos dice que vaya a haber una continuación) cuya finalidad es, según sus autores, mostrar a partir de los principios marxistas leninistas que, "en cada nueva época de la sociedad de clases, los movimientos populares van madurando como la última y decisiva fuerza del desarrollo histórico universal". Puede ser. Pero, de hecho, el libro termina hacia el año 1000, cuando el orden feudal se había implantado en "forma universal" y ningún movimiento popular lo acechaba aún. Los propios autores tienen que reconocer que el cambio que acabaría con este orden social tardaría aún "algunos siglos". "Las luchas de clases y los movimientos populares que se tratan en este compendio forman los escalones previos necesarios para esa época en que las clases oprimidas se aprestan a la lucha por el poder y dominan por fin a la sociedad de clases" (p. 282). Quizá. Pero si éste es el objetivo, la inclusión de las sociedades prehispánicas es un mero y superfluo añadido. Teotihuacan no acaba por una insurrección popular, sino por el empuje tolteca, y en cuanto al movimiento popular maya lo único que Zeuske puede alegar a su favor es que en Copán y Uaxactún hay "indicios de que la población irrumpió en el templo... los destrozos en los rostros de los relieves y estelas son muestras de un levantamiento popular".

CREO QUE CON LO DICHO BASTA PARA MOSTRAR QUE, CON LAS CONSABIDAS excepciones,¹³ la historia universal escrita por europeos en el siglo xx no tiene más diferencia con la escrita en siglos anteriores que el signo político que la preside. La medida de lo humano sigue siendo Europa y su curso histórico el único posible.

Quizá, mientras no se encuentre la forma de hacer justicia a

¹³ Pienso en obras como la *Historia universal Siglo XXI* en 36 volúmenes que esta editorial empezara a publicar en 1970 (la edición original es de Fischer Bücherei GmbH, Frankfurt am Main). Pero esta obra no pretende ofrecer una explicación global de la historia humana y no tiene un marco teórico. La división del proceso histórico obedece tanto a un criterio cronológico ("Los imperios del antiguo oriente", vols. 2, 3 y 4), como espacial ("América Latina", vols. 21, 22 y 23) o religioso ("El Islam", vols. 14 y 15) y aun a una mezcla (los volúmenes sobre América latina están divididos no por zonas geográficas, sino por etapas históricas).

la unicidad de cada una de las sociedades a la vez que a la riqueza de la experiencia humana, valdría más renunciar a escribir la historia universal. Seguir en el intento —utilizando marcos teóricos incapaces de dar cuenta de una pluralidad que salta a la vista— es, como decía Ortega, empeñarnos en recoger agua en una canastilla.

SIGLAS Y REFERENCIAS

CASAS, Bartolomé de las

- 1965 "Brevisima relación de la destrucción de las Indias", en *Tratados*, México, Fondo de Cultura Económica, I, pp. 3-199.

DUCOUDRAY, G.

- 1907 *Compendio de historia general*, trad. por M. Urrabieta, 4a. ed., París, Librería de Hachette y Cía.

HEGEL, G. W. F.

- 1953 *Filosofía de la historia universal*, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, Revista de Occidente, 2 vols.
- 1955 *Historia de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, 3 vols.

Historia de las naciones

- s. f. *Historia de las naciones* — Obra traducida de la célebre edición inglesa de la casa Hutchinson y Co. por Guillermo de Boladeres Ibern, Barcelona, Casa Editorial Seguí, 4 vols.

KUMSTELLER, B., et al.

- 1935 *Geschichtsbuch für die deutsche Jugend*, 38a. ed., Leipzig, Verlag von Quelle und Meyer.

Nueva noticia

- 1973 *Nueva noticia del país que los españoles encontraron en el año de 1521, llamado Yucatán*, México, Editorial Juan Pablos.

ORTEGA Y GASSET, José

- 1953 "Las Atlántidas" [1924], en *Obras completas*, 3a. ed., Madrid, Revista de Occidente, III, pp. 281-316.

SELLNOW, Irmgard, *et al.*

- 1977 *Weltgeschichte bis zur Herausbildung des Feudalismus. Ein Abriss*, Berlin, Akademie-Verlag. «Veröffentlichungen des Zentralinstituts für Alte Geschichte und Archäologie der Akademie der Wissenschaften der DDR, Band 5.»

SPENGLER, Oswald

- 1947 *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 4 vols.